



Domingo de Ramos
16-III-2008

Textos:

Is.: 50, 4-7.

Filp.: 2, 6-11.

Mt.: 26, 3-5. 14—27,66.

“Es aquel a quien voy a besar. Deténgalo”.

La última semana de la vida de Jesús está marcada por los acontecimientos más importantes de su vida temporal y se desarrollan en la ciudad santa de Jerusalén: ingreso triunfal, institución de la Eucaristía, Pasión, Muerte en Cruz y Resurrección.

La liturgia de hoy nos recuerda este doble aspecto que ha marcado los últimos días de Jesús: el Hosana en la primera parte, Pasión y Muerte en la segunda.

Al escuchar el relato del drama más grande de la historia que marca el inicio de la Semana Santa, desearía detenerme en dos realidades que aparecen en el relato y que acompañan dolorosamente el peregrinar de la humanidad, dos llagas: la corrupción y el pecado como mentira.

La corrupción, tan vigente hoy como ayer, se manifiesta, en la Pasión del Señor, en la persona de Judas -el discípulo en quien todos habían confiado el dinero del grupo-, también en los dirigentes del pueblo judío, y en Pilatos.

El asunto está en la corrupción del corazón: ¿por qué un corazón se corrompe? “El corazón humano es corazón en la medida en que es capaz de amar o negar el amor, cuando se cierra o se referencia en si mismo se corrompe” (Mons. Bergoglio). Por eso Jesús nos enseña: “donde esté tu tesoro allí estará también tu corazón” (Mt. 6, 21).

Quizás la actitud más corrupta del relato de la Pasión, es la de Judas, que no es perdonado, pues si bien el pecado se perdona, no la corrupción, ésta se cierra a la gracia del perdón, ya que endurece el corazón. De ahí que la corrupción, más que perdonada, debe ser “curada”, pues frente al mal y al error el corrupto no tiene la defensa del pudor.

La gravedad de la conducta de Judas, no consiste sólo en que vende al amigo y maestro por un puñado de monedas, sino que además aparenta amar a Jesús y lo entrega con un gesto que es un claro signo de amor: “Aquel a quien voy a besar. Deténgalo”; lo que impresiona es la bajeza de la traición.

El corrupto procura siempre mantener las apariencias y cultivará, sus “buenos modales” para poder esconder sus “malas costumbres”; así actúan también los sumos sacerdotes y los ancianos, que aparentan defender la pureza del Judaísmo y del Templo. Jesús llamó a estos corruptos: “sepulcros blanqueados”.

También Pilatos que “apenas vislumbra que algún obstáculo puede detener su brillante carrera política, apenas entrevé la posibilidad de que vayan mensajeros a Roma y enturbien allí su fama, cesa su interés por la verdad y el bien” (R. Guardini); manifiesta tener un corazón corrupto que lo lleva a una clara adhesión al mal, y como muchos dirigentes, aparece como que el asunto no le toca, y por ello se lava las manos (Mt. 27, 24).

Hermanos, la corrupción no es un acto, sino un estado, que puede ser personal como social, en el que nos acostumbramos a vivir, generando muchas veces una verdadera cultura corrupta, que todo lo justifica, lo tolera, una cultura que “resta” y no

“suma”, que nos hunde en la mediocridad alejándonos de toda conducta magnánima (grandeza del corazón).

La corrupción no surge por generación espontánea, hay un camino por el que el hombre, la mujer o la sociedad se va deslizando, pero este camino no se identifica, necesariamente, con el pecado o con el camino que lleva a él. “Uno puede ser muy pecador y -sin embargo- no haber caído en la corrupción: quizás sea el caso de Zaqueo, María Magdalena, Mateo, o el Buen Ladrón, los cuales tenían algo en el corazón pecador que los salvó de la corrupción. Sus obras nacían de un corazón pecador, eran obras malas, pero ese corazón que las producía «sentía» su propia debilidad. Y por ahí podía entrar la fuerza de Dios (I Cor. 1, 25; II Cor. 12, 10)” (Mons. Bergoglio).

Pedro peca cuando niega al Señor, pero su corazón, no está corrompido, es cobarde; por eso puede llorar y arrepentirse: “y saliendo lloró amargamente”.

La segunda realidad, que surge del texto evangélico, es la del pecado como mentira.

En el juicio que se le hace a Jesús, “hay lucha, pero lucha oscura, contra la verdad. La verdad, (en Jesús) es tan manifiesta y potente que el proceso no parece tener sino una finalidad: oscurecer la verdad hasta tal grado que sea posible la sentencia condenatoria” (R. Guardini).

Hermanos, en el proceso a Jesús, parece reinar la mentira, es el viejo drama de los hombres que “aprisionan la verdad en la injusticia” (Rom. 1, 18) y “cambiaron la verdad de Dios por la mentira” (Rom. 1, 25).

Grande es la dureza del corazón que nace de la mentira, y que introduce a los personajes que juzgan a Jesús en el drama de no aceptarlo: “Vino a los suyos, y los suyos no lo recibieron” (Jn. 1, 11).

Hermanos, el drama de la pasión, nos presenta el drama del endurecimiento del corazón humano, íntimamente ligado al drama de la Palabra de Verdad no aceptada.

El relato finaliza con un acto de fe, que es una verdadera paradoja, pues no adhirieron los que esperaban al Mesías, no lo reconocieron como al Hijo de Dios, y sí lo hizo un soldado pagano que ante la muerte del que era la Vida exclamó: “¡Verdaderamente éste era el Hijo de Dios!”.

Hermanos, pidamos, en este tiempo de gracia, la docilidad del corazón para recibir su Palabra y podamos reconocer al Señor siempre y en todo lugar y dar testimonio de la Verdad evangélica a todo el mundo.

Amén.

G. in D.